

tristeza. Animo esforzado y un alto concepto de su misión, necesitaba el médico que por aquel entonces sabía resistir á las sugestiones de sus amigos y familia para que abandonase la ciudad infestada, y al espectáculo más sugestivo todavía de la emigración general. La vida del médico en tales ocasiones representaba un sacrificio continuo. Al peligro de un contagio, más terrible en aquella época por desconocimientos etiológicos que hoy pueden darnos una relativa confianza en los medios de defensa, se unia un trabajo sin tregua, continuado noche y día, exigido así por las sensibles, bien que contadas deserciones de compañeros menos animosos, como por el carácter evidentemente más invasor y grave de aquellas epidemias relativo al de las presentes.

El Dr. Forns ocupó uno de los primeros puestos en esta noble lid. Infatigable y animoso, acudiendo á todas partes, para nada tenía en cuenta la fatiga física ante la satisfacción moral de llevar sus auxilios donde eran necesarios. Su salud privilegiada permitióle resistir impunemente todas las fatigas de aquel largo periodo, y fué una de las mayores glorias de su vida, la conciencia de haber cumplido con su deber, aminorando en parte los estragos de la epidemia.

Sus merecimientos no podían pasar desapercibidos, y las autoridades le propusieron para la cruz de epidemias, que le fué inmediatamente otorgada. Por conceptuarla reveladora de servicios positivos, la aceptó, y aun túvola en gran estima; jamás aspiró ni quiso otra condecoración entre el sinnúmero de las que se prodigan, banales y de significación nula.

Restablecida la normalidad en nuestra capital, quedó en muchas familias el recuerdo de los inapreciables servicios prestados por el Dr. Forns, en momentos azarosos. Nombráronle muchas su consultor, y en poco tiempo adquirió una numerosa y adicta clientela que conservó íntegra hasta los últimos años de su vida.

Poseía nuestro respetable compañero el don de gentes en envidiable grado. Su exquisita cortesía y amabilísimo trato, dábanle gran ascendente sobre el enfermo. Gracias á esto, ejercía amenudo su sola presencia, una